

LA ACADEMIA DE CABALLERIA DESTRUIDA POR UN INCENDIO

DE las cinco ciudades castellanas que son asiento de docentes centros militares, Valladolid, la vieja corte del reino, es la más importante en el orden estadístico y no va en zaga a las demás en afecto al Arma que tiene la cuna de su oficialidad a orillas del Pisuerga, como aquellas veneran y respetan a las oficialidades que en ellas hicieron su aprendizaje marcial.

Toledo, cuna de la Infantería, tiene para sus cadetes la majestuosidad de su Alcázar; Guadalajara dedicó a sus Ingenieros una vieja fábrica de paños, antiguo palacio señorial, que remozada en ininterrumpida labor de cerca de un siglo, es edificio apropiado para su pedagógica misión;

Avila cedió a los futuros intendentes el artístico palacio del conde de Polentinos, con el aditamento indispensable de la huerta de la Santa, y así y todo, precisa más amplios locales; Segovia pasó a sus artilleros desde el histórico Alcázar que les cediera el conde de Chinchón al viejo convento de San Francisco, y a pesar de las excelencias del local por sucesivos y metódicos arreglos, el Cuerpo sigue aspirando a posesionarse de nuevo del Alcázar, nidal hoy del archivo general militar; y Valladolid, cuando en 1852 se disolvió el Colegio General Militar, ofreció para colegio de jinetes marciales la Cárcel Modelo que construyera siete años antes, edificio de planta octogonal, situado frente al frondoso Campo Grande, en el que se iniciaba el sistema panóptico.

Necesario fué para habilitar de un presidio una Academia, trasladar



Edificio en que estaba instalada, en Valladolid, la Academia de Caballería

con urgencia la población penal al ex monasterio de Prado y acto seguido se reformó el edificio que desde el referido año de 1852 hasta 1861 fué colegio de cadetes de Caballería; en esta última fecha se convirtió en escuela general del Arma. En 1868 se cerró esta escuela y por tres

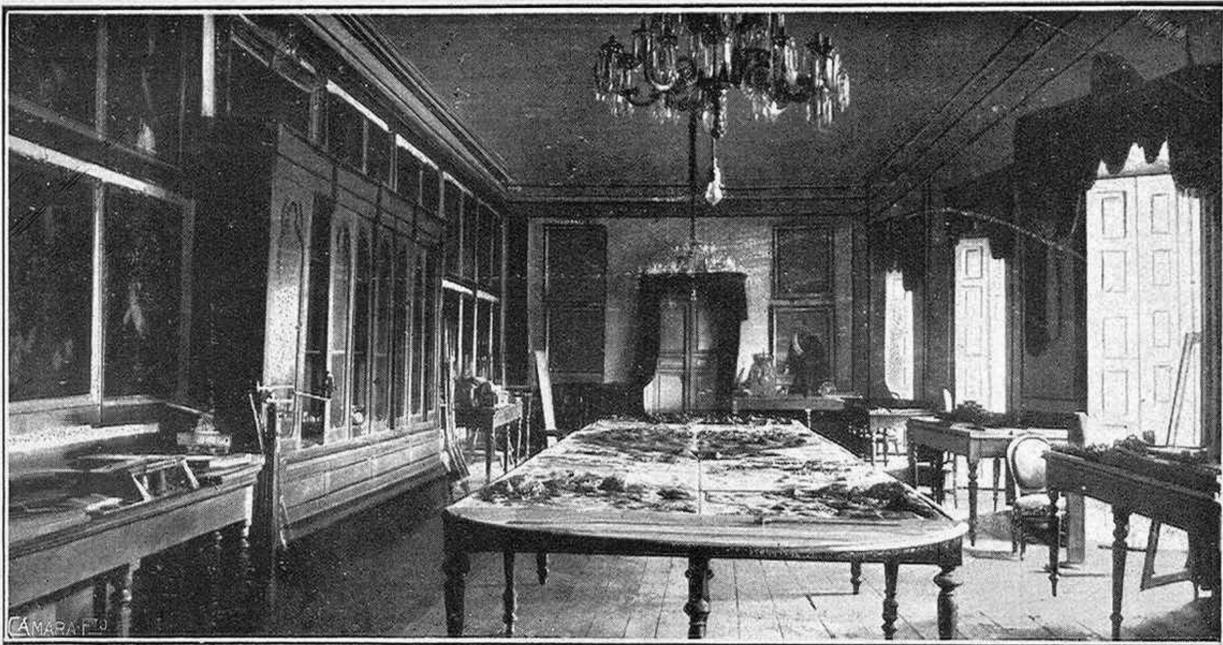
años se convirtió el local en escuela de desbravadores y picadores, hasta que en 1871 volvió a ser Academia de Caballería. En 1883, al instalarse en Toledo la Academia general militar, de inolvidables recuerdos, quedó en Valladolid y en el edificio que pasados días destruyeron las llamas, la Academia especial del Arma de Caballería, en la que cursaban los alumnos el tercer año y el curso especial de alféreces. En 1893 volvió a ser Academia de Caballería, como lo ha sido hasta el acto del fatal siniestro.

Los hoy generales Andino, Sousa y Roselló fueron directores de este Centro introduciendo en el edificio y en las clases y gabinetes notables mejoras que hicieron de esta

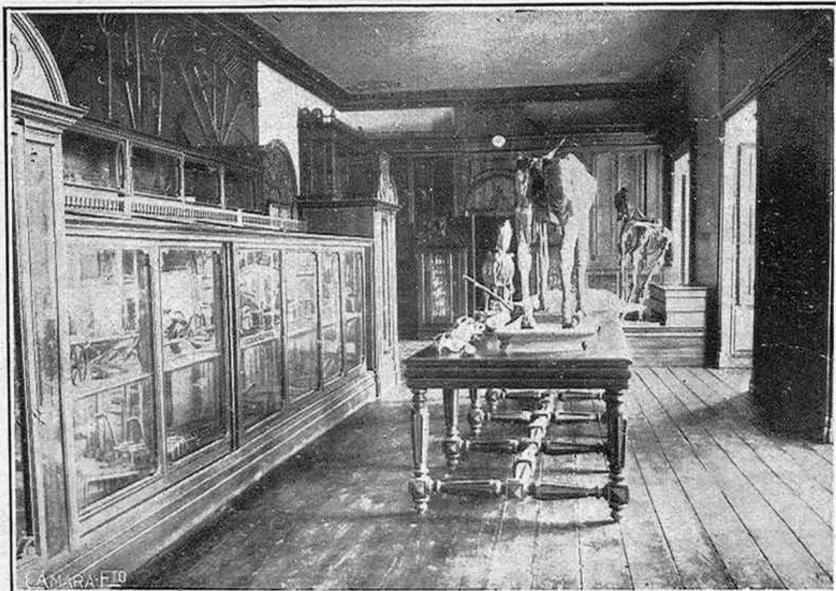
Academia un modelo de escuelas de jinetes. Había en ella cuadras para 250 caballos, dos picaderos cubiertos, con instalación de luz eléctrica, que permitía utilizarlos durante la noche, cuando las circunstancias lo exigían. El gimnasio, la sala de armas y la de esgrima eran de suma riqueza y atildado gusto.

La biblioteca, salvada en su inmensa mayoría, era magnífica. En el rico guadarnés se conservaba una completísima colección de modelos de las monturas usadas en los diversos países y en los diferentes ejércitos del mundo, y otra de las que usó la Caballería española desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

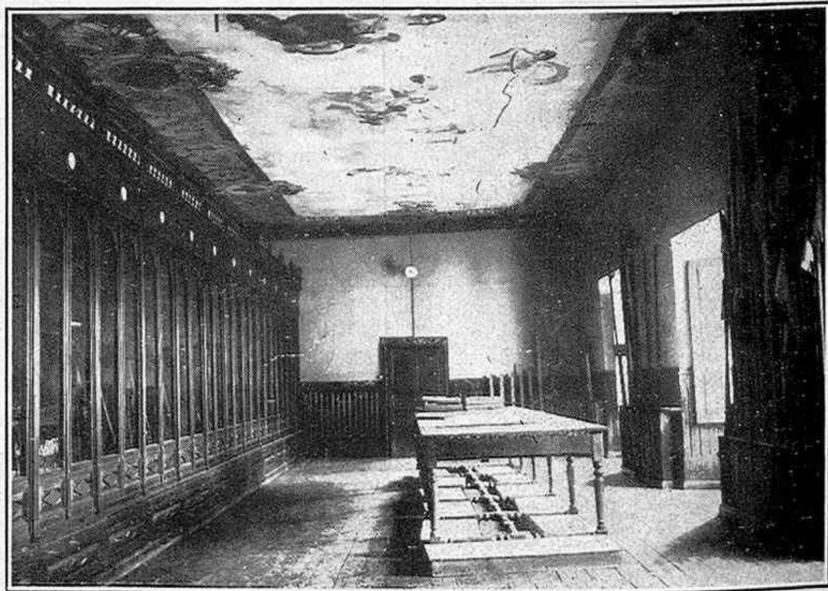
La acertada instalación del gabinete de telegrafía, permitía realizar la enseñanza de esta clase tan indispensable para la oficialidad del Arma, de un modo eminentemente práctico, pues



Una de las salas de estudios de la Academia de Caballería



Gabinete de Historia Natural



Sala de levantamiento de pianos